

Dilemas de contención y apaciguamiento de Rusia: una reflexión desde la teoría cognitiva de las perspectivas

Russia's dilemmas of containment and appeasement: a reflection from the cognitive prospect theory

Eric Pardo Sauvageot¹

Universidad de Deusto (España)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1431-6922>

Recibido: 15-07-2024

Aceptado: 22-10-2024

Resumen

La invasión a gran escala que Rusia inició el 22 de febrero de 2022 sigue encontrando su eco en el mundo académico, pues sin duda alguna representa el ejemplo más destacable de dos lecturas contrapuestas. Dado el desequilibrio de poder entre Kiev y Moscú a favor de este último, el inicio de la invasión confería gran credibilidad a la tesis clásica de la disuasión, según la cual Rusia se estaría aprovechando de la debilidad de un Occidente no dispuesto a defender a Ucrania. Esta lectura está diametralmente opuesta a la interpretación según la cual Rusia reaccionó ante lo que se percibía como una amenaza de Occidente. Así, este artículo pretende recordar las vías de investigación que ofrece la teoría de las perspectivas como base teórica para una lectura de la guerra alternativa a la clásica lógica de la disuasión. Aunque tanto la lógica de la disuasión como la teoría de la perspectiva ofrecen explicaciones racionales, esta última, que de hecho también da cabida a la primera, parte de la percepción cambiante y totalmente subjetiva de los actores y

¹ (eric.pardo@deusto.es). Profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad de Deusto (UD). Sus principales líneas de investigación se centran en las relaciones internacionales entre Rusia y Ucrania y en la geopolítica de la energía en el espacio post-soviético. Entre sus publicaciones más recientes, pueden mencionarse: los artículos *Between Russia as producer and Ukraine as a transit country: EU dilemma of interdependence and energy security* (2020) y *Russia after the Euromaidan: Foreign Policy Limitations amid Clashing Geostrategies of Territorial Expansion and Eurasian Integration* (2023) y el capítulo de libro “El panorama de la extrema derecha en Rusia: Orígenes históricos e impacto en el presente”, en *Las Nuevas Extremas Derechas en el Mundo* (María José Vicente Vicente, coord., 2023).

de cómo estos pueden actuar de manera diferente dependiendo de si el statu quo se percibe como positivo o negativo. Si fuera lo primero, un actor que persiguiese mejoras sería fácilmente disuadido ya que prevalecería la tendencia a actuar con aversión al riesgo. Por el contrario, el mismo actor que percibiese un empeoramiento del statu quo tendería a asumir mayores riesgos para revertirlo. Como se mostrará aquí, ambas explicaciones racionales pueden ofrecer una interpretación de las decisiones de Rusia, ya sea como un actor decididamente en pos de una mejora de su statu quo o como un preservador del statu quo que asume riesgos por evitar su deterioro.

Palabras-clave: Rusia, Ucrania, disuasión, apaciguamiento, teoría de las perspectivas.

Abstract

The large-scale invasion that Russia launched on 22 February 2022 continues to find its echo in the academic world, as it undoubtedly represents the most notable example of two contrasting interpretations. Given the imbalance of power between Kyiv and Moscow in favour of the latter, the start of the invasion lent great credibility to the classic thesis of deterrence, according to which Russia was taking advantage of the weakness of a West unwilling to defend Ukraine. This reading is diametrically opposed to the interpretation according to which Russia reacted to what was perceived as a threat from the West. Thus, this article aims to recall the avenues of research offered by prospect theory as a theoretical basis for an alternative reading of war to the classic logic of deterrence. Although both the logic of deterrence and prospect theory offer rational explanations, the latter, which in fact also accommodates the former, is based on the changing and totally subjective perception of the actors and how they can act differently depending on whether the status quo is perceived as positive or negative. If the former were the case, an actor pursuing improvements would be easily deterred as the tendency to act in a risk-averse manner would prevail. Conversely, the same actor perceiving a worsening of the status quo would tend to take greater risks to reverse it. As will be shown here, both rational explanations can offer an interpretation of Russia's decisions, either as an actor determinedly pursuing an improvement of its status quo or as a preserver of the status quo taking risks to prevent its deterioration.

Keywords: Russia, Ukraine, deterrence, appeasement, prospect theory.

Introducción

Tras varios meses de escalada militar, la tan temida amenaza rusa hacia Ucrania se materializó el 24 de febrero del 2022 con una agresión en toda regla, con demoledoras consecuencias para Ucrania. Por las implicaciones que esta situación bélica en curso pueda tener, Christopher S. Chivvis ya exponía de forma lúgubre las dos posibles alternativas que se podrían plantear, a saber: una espiral conflictiva de estremecedor potencial con el enfrentamiento entre dos potencias nucleares, o la aceptación de un nuevo statu quo que implique tolerar que Moscú sojuzgue a Kiev (Chivvis 2022). Y es que como se ha podido comprobar desde el comienzo de la contienda, el enfrentamiento no se circunscribe únicamente a los dos actores directamente en guerra, Rusia como agresora y Ucrania como defensora. Muy al contrario, Ucrania ha podido contar con un apoyo económico, pero sobre todo militar, de enorme envergadura por parte de los EEUU y de Europa, ya sea a nivel de la Unión Europea (UE) o por parte de los países miembros. En cierta medida, todo este apoyo, acompañado de un paquete de durísimas sanciones hacia Rusia, sigue la estela iniciada en el 2014, cuando se aprobaron las primeras sanciones por la anexión de Crimea y por la intervención en la región oriental de Ucrania del Donbás. Fue igualmente desde entonces cuando se empezó a forjar una estrecha colaboración entre Ucrania y la OTAN. Los primeros compases de guerra no solo pusieron de manifiesto la desastrosa planificación de la invasión rusa, sino también una destreza ucraniana que difícilmente habría sido posible sin el entrenamiento por parte de miembros de la OTAN y sin el armamento suministrado por los EEUU.

Con este nuevo episodio de revisionismo en el espacio post-Soviético, el ya añejo debate sobre cómo se podría haber evitado el empeoramiento de las relaciones y en último término, los primeros compases de guerra del 2014, y sobre todo, cómo se pueden evitar desarrollos similares en el futuro, resurgía con fuerza (ver, por ejemplo: Lane 2016). En cierto modo, tal debate es a su vez un reflejo de un debate siempre irresuelto en la disciplina de las relaciones internacionales sobre la naturaleza de dos estrategias contrapuestas: la estrategia de la disuasión y la estrategia de apaciguamiento. Vistos los argumentos aducidos por la Federación Rusa para violar la soberanía de Ucrania, a saber, tanto la amenaza del actual despliegue de la OTAN como la amenaza de una eventual membresía de Ucrania, necesariamente se impone la doble pregunta: ¿fracasó la OTAN al no disuadir de forma convincente a la Federación Rusa? O por el contrario ¿Erró la OTAN al minar la seguridad de esta última con una expansión interpretada como amenazadora por Moscú? Como pasaremos a ver seguidamente, el incipiente debate en torno a este último suceso bélico se desarrolla sobre la base de este debate académico tal y como se expone seguidamente.

Acción frente a reacción y disuasión frente a apaciguamiento

Según se expresaba Margarita Balmaceda tras el comienzo de la guerra: “En el 2014, cuando Rusia invadió Ucrania y se hizo con el control de Crimea, hicimos lo menos posible con el fin de no provocar a Putin” (traducción del autor) (Balmaceda 2022). Anne Applebaum, también unos pocos días antes, expresaba con notable contundencia que la única manera de evitar que Rusia diese un paso hacia la guerra contra Ucrania era amenazando de forma aún más asertiva de lo que se había hecho, no solo con devastadoras sanciones económicas, sino con un apoyo militar sin condiciones a Ucrania y más aún, con desestabilizar el régimen de Vladimir Putin (Applebaum 2022). Sus ecos se pueden encontrar en la opinión que daba Fiona Hill (2022), miembro del Consejo de Seguridad Nacional de los EEUU bajo la Administración Trump y que poco antes de estallar la guerra afirmaba que Vladimir Putin se sentía envalentonado por la percepción de división en Occidente, teniendo que ser la respuesta a cualquier invasión lo suficientemente contundente como para evitar mayores desafíos al statu quo. Estos posicionamientos, de los que podemos encontrar numerosos ejemplos, reflejan la clásica teoría de la disuasión, que estudiaremos en mayor detalle, y que propugna la aplicación de una estrategia de disuasión creíble por parte de actores con mayor poder para evitar el desafío al estatus por parte de los llamados estados revisionistas.

Sin embargo, el historiador Anatol Lieven, en medio de las tensiones previas a la invasión, ofrecía una línea argumental opuesta cuando aconsejaba forzar el cumplimiento de los Acuerdos de Minsk II de febrero del 2015, en detrimento de Ucrania, para asegurar el nuevo statu quo forzado por la Federación Rusa a partir del 2014 y evitar males mayores (Lieven 2021). De algo parecido avisaba la misma Fiona Hill, a quien ya vimos en el párrafo superior, en relación a un suceso pasado, la guerra de Rusia contra Georgia en agosto del 2008: la por entonces encargada para la inteligencia nacional hacia el área de Rusia y Eurasia avisaba de que la puerta que la OTAN dejaba abierta a Ucrania y a Georgia tras la cumbre de abril del 2008 en Bucarest podía provocar una reacción hostil por parte de Rusia; su interpretación de la agresión a Ucrania en el 2014, justo tras el triunfo del Euromaidán y de la reorientación de Ucrania hacia la UE, era similar (Hill, 2022). En una línea parecida, Andrey Shushentsov apuntaba a causas profundas cuando planteaba las diversas ocasiones en las que consideraba que las peticiones de la Federación Rusa en contra de la expansión de la OTAN o su insistencia por el establecimiento de un nuevo régimen de seguridad incluso no habían sido atendidas, planteando que Rusia necesitaba recurrir a amenazas (que iban a degenerar en agresión armada, como hemos visto), para re-equilibrar frente a los EEUU (Shushentsov 2022). Se trataba de una línea argumental similar a la de Jack Matlock, último

embajador de los EEUU ante la URSS, cuando destacaba que la expansión hacia el este de la OTAN era el pecado original del que venían tan funestos lodos (Matlock 2022a, 2022b). Como podemos ver, estas posturas se alejan mucho de aquellas que se sustentan en la teoría de la disuasión, y se asemejan más a la clásica estrategia del apaciguamiento, tan denostada a resultas de su fracaso frente al revisionismo de la Alemania nazi.

Estas dos filosofías tan contrapuestas y que podemos ver muy bien manifestadas en el debate que la Universidad de Munk realizó al respecto hace alrededor de dos años (Munk Debate, 2022) son la más reciente expresión de un debate que venía desarrollándose desde hacía varios años, y en cierto modo, iniciado tan pronto como la URSS se derrumbase y se iniciasen unas cada vez más tumultuosas relaciones entre Rusia y Occidente. El debate, tal y como de hecho hemos visto en numerosas manifestaciones más arriba, ha ido centrándose cada vez más en los efectos de la creciente expansión hacia el este de la OTAN y en menor medida, de la UE, y en la respuesta que se haya podido dar a los enfrentamientos armados provocados por la Federación Rusa, en especial la guerra con Georgia en el 2008 y la primera agresión a Ucrania en el 2014. De hecho, un primer aviso en contra de la expansión de la OTAN provenía del padre del neo-realismo o realismo estructural, Kenneth Waltz (2000: 30). Es una línea argumental en cuyo principal adalid se convirtió otro destacado representante de la escuela realista, John Mearsheimer, desde que publicase en el 2014 su artículo “Why the Ukraine Crisis Is the West’s Fault?”. En él, Mearsheimer (2014: 1) sostenía la tesis de que la reacción bélica de la Federación Rusa contra Ucrania era una reacción a la expansión de la OTAN y de la UE, pues tal expansión generaba un serio dilema de seguridad.

Frente a la línea argumental que ve a la Federación Rusa reaccionando a un cambio en el statu quo en su desfavor, toda vez que la influencia occidental aumenta, ya sea por la expansión de la OTAN o por la de la UE, otros autores argumentan que los patrones de agresión de la Federación Rusa no son meras reacciones sino acciones que responden a las veleidades imperialistas de Moscú hacia el espacio Post-soviético. Esta es una línea que podemos encontrar claramente en Ruth Deyermond con su tesis de la concepción de soberanía limitada que Rusia mantiene hacia el resto de repúblicas post-soviéticas (2016, 967; 971) o en las tesis que destacan la relación imperialista o colonial que Rusia mantiene hacia Ucrania (Mälksoo, 2022; Oksamytna, 2023), así como en otras numerosas obras académicas que siguen variaciones sobre un mismo tema, a saber, que la Federación Rusa intenta restaurar, por lo menos parcialmente, el imperio que perdió con el derrumbe de la URSS (ver: Bugajski, 2004, 2009; Nygren, 2008).

Uno de las formas por las que la Federación Rusa ha intentado reordenar el espacio postsoviético haciendo valer su centralidad ha sido el de la integración

regional, frecuentemente fallida (ver: Zhukov y Reznikova, 2008; Cooper, 2012; 2013) y en su defecto, centrada en proyectos de “pseudo-integración” (Libman, 2011), pero que tomó un fuerte impulso con el proyecto de Unión Eurasiática que finalmente alumbró en el 2015 la Unión Económica Eurasiática (Dragneva y Wolczuk, 2017); un proyecto, que de nuevo, representaba una ambición menor que la proyectada inicialmente desde Moscú (Troitskiy, 2020). En el vector de integración regional podemos ver cómo la Federación Rusa suele optar por una política de incentivos y en cambio, puede fácilmente optar por medidas de represalia en caso de que un país decida alejarse de Rusia y poner en cuestión, ya sea sus proyectos de integración, o peor aún, lo que perciba como sus intereses de seguridad (Götz, 2022: 1733-1734). Es en estas últimas ocasiones cuando vemos la segunda forma, menos amable, por la que la Federación Rusa intenta poner en vereda a su vecindario, recurriendo a la agresión militar y provocando la subversión territorial o anexión de territorios; este es el escenario al que pudimos asistir en el caso de Georgia en el 2008 y Ucrania tanto en el 2014 como en el 2022 (Götz, 2022: 1747-1755). Cabe destacar, por cierto, que esta búsqueda de la integración regional se puede leer en clave no expansionista, sino defensiva: Esta es la tesis de quienes ven el proyecto de Unión Euroasiática como un intento de posicionarse ante el poderío económico de Occidente y del imparable crecimiento de Asia (Dragneva y Wolczuk, 2017). La fortaleza que la UE mostraba como para atraer hacia sí a Ucrania hacia su proyecto de Asociación Oriental podría haberse visto en Moscú como una amenaza existencial para Rusia, con lo que de nuevo nos encontramos con lecturas contrapuestas a una indudable agresión como fue la de Moscú contra Kiev en el 2014: agresión imperialista o defensa frente a la expansión occidental, algo que podemos ver resumido en la interpretación de la analista Mira Milosevich-Juaristi, del Real Instituto Elcano, quien planteaba, por un lado, cómo Rusia se coloca en una posición reactiva frente a la OTAN y la UE, mientras que por otro, seguiría apegada a planteamientos expansionistas que hunden sus raíces en el siglo dieciocho y en la Unión Soviética (Milosevich-Juaristi, 2022). Como vamos a poder estudiar con mayor detención en la siguiente sección, las respuestas diferirán radicalmente dependiendo de si un actor reacciona a un cambio de su statu quo y a los dilemas de seguridad que tales cambios puedan motivar, o por lo menos, a la percepción de tal cambio y a la valoración de la magnitud del dilema de seguridad concomitante. La valoración que se realice de las motivaciones de la Federación Rusa, así como la agenda de política exterior que se trace para hacer frente a sus acciones, se moverán necesariamente por vías opuestas. La misma identificación que merezca cada actor en liza modificará radicalmente la perspectiva: ¿Es la expansión de Occidente hacia el este de la mano de la OTAN el cambio primero en el statu quo, convirtiendo ello a los EEUU en un estado revisionista? Ello nos mostraría a Rusia bajo un

prisma reactivo y defensivo ¿Es sin embargo Rusia un estado de naturaleza imperialista que busca reordenar el Espacio Post-Soviético bajo su égida? Bajo este prisma, Rusia sería claramente el estado revisionista.

Dependiendo de una evaluación u otra, se podría concebir un acomodo a los intereses de Rusia, en caso de la primera interpretación, como la agenda más conducente a la estabilidad. Por el contrario, una postura de fuerza hacia las veleidades imperialistas rusas sería la garantía de que Moscú cejase en su hostil empeño en caso de que nos decantásemos por la segunda interpretación. Lo segundo responde a la clásica teoría de la disuasión, mientras que lo primero se acerca más a las clásicas políticas de apaciguamiento; si bien la teoría de la disuasión asentó su hegemonía intelectual dentro del triunfante paradigma de la Escuela Realista de las Relaciones Internacionales durante la era de la Post-Guerra Fría sobre el desprestigio del apaciguamiento a la Alemania Nazi, veremos seguidamente cómo una alternativa, la Teoría de las Perspectivas, puede dar acomodo a ambas perspectivas.

Este artículo se estructurará de la siguiente manera: en primer lugar, examinaremos las dos perspectivas teóricas que se plantean, la teoría de la disuasión y la teoría de las perspectivas, para seguidamente analizar las diferentes interpretaciones que se han formulado sobre la conflictividad en el espacio post-soviético en general hasta la última guerra iniciada en el 2022, y que siguen, bien implícita como explícitamente, las dos perspectivas. Esta sección central se basará, principalmente, en lo que a su metodología se refiere, en una revisión literaria de los principales autores que han podido tratar este asunto en los últimos años. El uso de estas fuentes secundarias perseguirá el objetivo tanto de reflejar el estado de la cuestión, como utilizar su información para que el autor articule sus propias interpretaciones, que quedarán siempre a modo de hipótesis. Como las conclusiones dejarán claro, el objetivo de este artículo no es el de resolver el debate en cuestión, sino el presentar de forma conjunta ambas perspectivas para así articular un enfoque abierto y disuadir de interpretaciones prejuzgadas sin tener en cuenta las alternativas existentes.

***Statu quo* y revisionismo y teoría de la disuasión y teoría de las perspectivas**

La teoría clásica de la disuasión nació, tal y como ya hemos podido adelantar más arriba, en el contexto de la Guerra Fría, fuertemente ligada a la carrera nuclear entre los EEUU y la URSS. Una definición sucinta nos la ofrece Paul Huth: “El uso de amenazas por parte de un actor con el fin de convencer a otro actor de abstenerse de llevar a cabo una serie de acciones” (traducción del autor) (Huth, 1999: 26); sin embargo, tal y como Kilgour y

Zagare destacaban, en sus inicios, la teoría de la disuasión tendía a asumir una disposición de los actores estatales tanto de elevar las amenazas al máximo nivel (uso de armas nucleares) como de buscar siempre maximizar el poder y por ende, modificar agresivamente el statu quo (Kilgour y Zagare, 2000: 83). Los dos autores perfeccionaron el modelo, bautizándolo como Disuasión Perfecta, teniendo en cuenta diferentes tipos de actores, según sus preferencias y disposición al conflicto: defensores del statu quo y estados revisionistas que desean cambiar tal statu quo por un lado, y estados duros y suaves por otro (ver más abajo), los primeros dispuestos a iniciar un conflicto antes que capitular y los segundos dispuestos antes a capitular que a afrontar un conflicto armado (Kilgour y Zagare, 1993: 8). Las dinámicas que se iniciaban una vez que dos actores entraban en una interacción conflictual eran explicadas a través del modelo de escalada: con actores A y B, una escalada se iniciaba si B, insatisfecho por el statu quo, iniciaba una acción hostil, y se pasaba a un segundo nodo de decisión en el que el actor A decidía defenderse o ceder. En el caso de que A decidiese lo primero, B tenía que decidir en el tercer nodo de decisión si escalaba en su desafío, o si esta vez, se echaba atrás. Si los actores iban escalando progresivamente se llegaba en último término a un escenario bélico. La teoría de la disuasión se sostenía en una premisa básica, a saber, que los estados operarían como actores racionales y que evaluarían las acciones a tomar en virtud de un cálculo de costes y beneficios.

De esta manera, asumiendo tal presupuesto de racionalidad, la disuasión funcionaría siempre y cuando se articulase una amenaza clara y creíble. Huelga decir que el principio de amenaza clara y creíble sería aplicable igualmente al actor que inicia un desafío al statu quo. Por ende, ante un defensor con un claro diferencial de poder y una resolución manifiesta, un estado potencialmente revisionista ni siquiera iniciaría ningún acto hostil, o si pasase a tal acto, tal estado sería lo bastante razonable como para echarse atrás. De la misma forma, podemos imaginar cómo un estado defensor del statu quo cedería ante una amenaza creíble por parte de un estado más poderoso. En ambos escenarios, la racionalidad de los actores nos llevaría a asumir que nunca se llegaría a la guerra. Por usar la explicación de Achen y Snidal: “Si un país sabe que probablemente acabe perdiendo una larga y nefasta guerra, seguramente se abstenga de forzar a un rival a aceptar sus exigencias” (en Lebow y Stein, 1989: 211). El que, sin embargo, la guerra sea una realidad demasiado recurrente lleva a una serie de preguntas. Achen y Snidal, de nuevo, terminaban la cita con la siguiente frase: “La clave consiste en saber cuál es la probabilidad de que un país rival luche y si lo hace, cuál es la probabilidad de vencer” (en Lebow y Stein, 1989: 211). La cuestión de los errores de percepción y de cálculo puede entrar como explicación, y se trata efectivamente, de una vía explorada por Robert Jervis (1979). Este mismo autor fue quien bautizó como reacción en

espiral aquellas situaciones en las que, precisamente, las amenazas conducentes a una política de disuasión, lejos de alejar el conflicto, lo alimentaban (Jervis, 1978). De hecho, dos autores arriba citados, Kilgour y Zagare (1993), intentan introducir en su teoría de la disuasión este fenómeno toda vez que distinguen entre actores duros y suaves: se entiende que una situación entre defensor y revisionista, donde ambos sean duros, debería conducir a una guerra. El principio de racionalidad subyacente a la teoría de la disuasión debería excluir, por otra parte, el que cualquier guerra ocurra si los diferenciales de poder son manifiestos entre dos estados. Siendo ello así, el cuándo dos estados parejos en cuanto a poder decidirían asumir el riesgo de una guerra es algo que se le escapa a menudo a la teoría de la disuasión, la cual no puede *per se* determinar cuál es el umbral de riesgo que cada actor está dispuesto a superar, o las circunstancias que pueden hacer que un actor se torne más o menos intrépido. Sin embargo, más allá de esta indefinición, una importante vía por la que la teoría hacía aguas se observaba en aquellos casos en los que ningún error de percepción o cálculo era imaginable en actores racionales. Lebow y Stein, de nuevo, observaban cómo, sorprendentemente, Japón decidió ir a la guerra contra los EEUU en 1941 a pesar de ser conscientes de los enormes costes que la guerra acarrearía y de las escasas probabilidades de ganar (1989: 211).

Es aquí precisamente donde la Teoría de las Perspectivas reviste de particular interés como alternativa a explicar aquellos casos donde la Teoría de la Disuasión falla inesperadamente. Esta teoría surge a partir de un artículo de Amos Tversky y Daniel Kahneman (1979) y sus principales postulados los resume de forma certera uno de los primeros estudiosos de las relaciones internacional que vinieron a aplicar esta teoría a las relaciones internacionales, Jack Levy (1992): por un lado, un actor no evaluará los resultados de sus decisiones en base a una apreciación objetiva y fija del valor de aquello en liza sino en base a un punto de referencia elegido de forma plenamente subjetiva. Por otro lado, las pérdidas suelen sobrevalorarse en comparación con las ganancias. Pero sobre todo, y este es uno de los puntos de mayor importancia a la hora de aplicar esta teoría al campo de las relaciones internacionales, un actor tiende a mostrarse reticente al riesgo cuando se trata de maximizar ganancias, y al revés, ese mismo actor, ante el dilema de cómo minimizar pérdidas, asumirá una serie de riesgos impensables en la primera de las situaciones. Siendo ello así, si asumimos estos presupuestos, es fácil imaginar cuáles serían las consecuencias en materia de política exterior a la hora de enfrentarse a un país que suponga un desafío al statu quo: frente a un país razonablemente satisfecho con el statu quo y que busca un aumento de sus ganancias, la disuasión, tal y como la Teoría de la Disuasión viene teorizando, sería la respuesta correcta; sin embargo, frente a un país que desafíe el statu quo por percibir unas pérdidas intolerables, y dispuesto, por tanto, a asumir riesgos para evitar tal deterioro,

la disuasión solo empeoraría las cosas, alimentando funestas reacciones en espiral; esta disuasión bien podría llevar al estado en cuestión a percibir el statu quo como aún más deteriorado y a redoblar su apuesta. Esta es una lógica conclusión a la que llegaban en su momento tanto Lebow y Stein (1987: 192-193) como Jack Levy (1992: 289) y por tanto, ante tales escenarios, sería el tan denostado apaciguamiento la estrategia más acertada. Jeffrey Berejikian, uno de los investigadores más activos en la aplicación de la Teoría de las Perspectivas desde su intento de generar una teoría cognitiva sobre la disuasión (2002), ha contribuido en los últimos años intentando demostrar más allá de los estudios de casos cómo la aversión a las pérdidas efectivamente incide tal y como la Teoría de las Perspectivas prevé (Berejikian & Early, 2013) y como veremos más abajo, los conflictos que tratamos han sido igualmente objeto de atención por parte de investigadores interesados en aplicar este marco teórico.

Interpretaciones contrapuestas de la agresión de Rusia a Ucrania a la luz de las dos teorías

La falta de consenso, tanto entre la comunidad académica, como entre la clase política en lo que al debate someramente expuesto en la sección anterior se refiere, tiene su claro correlato en las discusiones sobre las causas de la última agresión de Rusia a Ucrania iniciada en el 2022; y en cierto modo, lo mismo puede aplicarse a los casos de Georgia en el 2008 y Ucrania en el 2014, un ejemplo de lo cual ya vimos más arriba de la mano de John Mearsheimer. En general, es fácil percibir que la Teoría de la Disuasión sigue siendo el marco de preferencia como explicación racionalista en la medida de que ofrece una respuesta clara a la pregunta de cómo lidiar con la Federación Rusa en sus políticas de agresión al vecindario. En ese sentido, cualquier fracaso a la hora de disuadir a la Federación Rusa no respondería tanto a la inadecuación del principio de la disuasión, sino a su mala aplicación.

Esta argumentación viene siendo recurrente y podemos encontrar numerosos ejemplos, tal y como ya empezamos viendo en la misma introducción a este artículo. Liam Collins y Frank Sobchak (2023) en la revista *Foreign Policy* justo un año después de iniciada la agresión rusa, destacaban como tesis general lo timoratas que habían sido las acciones de los EEUU, principal miembro de la OTAN, tanto en el 2008 como en el 2014 y en el 2022: en el caso de Georgia en el 2008, en el último año de la segunda administración Bush, los EEUU habrían pecado de no ofrecer armamento a Tbilisi y de rechazar el recurso a las sanciones económicas; ello, unido a que Barack Obama inició su mandato haciendo gala del llamado “Reset”, a saber, una política de mejora de las relaciones con Moscú, habría enviado señales inequívocas: el régimen de

Putin veía cómo su victoria contra Georgia se veía “premiada” con la inacción resultante de la aquiescencia tácita por parte de gran parte de la comunidad internacional, principalmente de los EEUU. Según la Teoría de las Relaciones Internacionales de raigambre realista, cualquier estado revisionista del statu quo que no se vea confrontado a una reacción creíble (suficiente poder unido a una suficiente resolución), tendrá alicientes para proseguir tal curso de acción². Siguiendo el relato de nuestros dos autores, el mismo esquema se habría repetido, con aún peores consecuencias, tanto en el 2014 como en el 2022. Si bien es cierto que esta vez sí hubo una reacción de gran parte de la comunidad internacional a la anexión de Crimea y a la agresión en el Donbás, es fácil argumentar que esto no era suficiente, y que de nuevo, “premiaba” la agresión: 1) Tanto los EEUU como la UE aplicaron una serie de sanciones a la Federación Rusa, si bien con un impacto económico limitado que Moscú supo capear; 2) los EEUU esta vez sí que suministraron apoyo, incluyendo suministros bélicos, mientras que la OTAN iniciaba ya en el mismo 2014 un programa de entrenamiento (NATO, 2024)³; sin embargo, Washington se guardaba mucho de no suministrar material de guerra que no fuese estrictamente defensivo⁴. La administración Trump sí dio el paso de facilitar tal suministro a Kiev, si bien, en vista de lo ocurrido desde febrero del 2022, la lógica del fracaso de la disuasión dictaría que quedó manifiesta la insuficiencia, máxime cuando los EEUU daba muestras inequívocas de que no se involucrarían directamente en la inminente guerra⁵.

En una línea muy similar, el análisis de Dumitru Minzarari (2023) en la Stiftung Wissenschaft und Politik (SWP) pone especial énfasis en el choque de culturas estratégicas: las sucesivas rondas de negociaciones en los meses previos al comienzo de la guerra habrían sido una prueba más, ante los ojos de Putin, de la debilidad de Occidente; la insistencia de las principales capitales europeas (París y Berlín en particular) en la negociación habría sido vista en Moscú no tanto como una disposición bienvenida hacia el diálogo, sino como una prueba tangible de debilidad y de falta de resolución. Según nuestro autor, la Federación Rusa tenía la intención de utilizar la intermediación europea, tal y como percibió que actuó el presidente francés Nicolás Sarkozy en el 2008,

² La tradición sobre esta figura se puede rastrear en los autores clásicos tales como Morgenthau, junto con las contribuciones de Kenneth Waltz (2010), John Mearsheimer (2014) y Randall Schweller (1994).

³ Para una discusión sobre los detalles y efectos de tal entrenamiento, cabe ver el artículo que le dedicó el Wall Street Journal: Michaels, 2022.

⁴ La Administración Obama era reticente al envío de armamento letal a Ucrania, de tal forma que no fue hasta la Administración Trump cuando Ucrania pudo recibir los tan deseados sistemas portables de defensa aérea “Stinger” y que tan fenomenales resultados dieron en la primera fase de la guerra (ver Jakes, Wong y Crowley, 2022).

⁵ Un argumento adicional que se dejó oír repetidas veces tras el comienzo de la guerra es que la desastrosa retirada de los EEUU de Afganistán pudo haber decantado a Rusia en su percepción de debilidad de los EEUU (ver Drezner, 2022).

facilitando que Georgia se sometiese a las exigencias rusas. No habiendo habido tales cesiones en esta ocasión, Putin habría optado por la acción militar ante el convencimiento de la debilidad ucraniana, según la experiencia del 2014 y asegurado de que un Occidente desunido e irresuelto no tomaría medidas contundentes.

Así pues, en la línea de los dos ejemplos vistos anteriormente, un análisis más detenido de los hitos temporales previos a la guerra nos puede hacer entender fácilmente la interpretación desde la óptica de la Teoría de la Disuasión:

El marco en el que se situaban las relaciones entre Ucrania y Rusia desde que esta iniciase su primera intervención militar en el 2014 eran los Acuerdos de Minsk de septiembre del 2014, renovados en febrero del 2015 (Minsk II). Estos acuerdos⁶ nunca fueron objeto de desarrollo, y lograron poco más que fijar un precario armisticio durante un largo periodo de siete años en el que persistió una insidiosa guerra de baja intensidad. Esta tensa calma, sin embargo, dio los primeros signos de augurar una, por entonces aún inconcebible, tormenta, y ello ya en la primavera del 2021, cuando Rusia diera comienzo a su amenazante concentración de tropas en la frontera con Ucrania (The Insider 2023). En mayo de ese año, el secretario de estado estadounidense, Antony Blinken había realizado un viaje a Kiev como muestra de apoyo (Jakes, Wong y Crowley, 2022) ¿Pero cuál era la solidez de tal apoyo? Parece ser que el nuevo presidente demócrata priorizaba una agenda reformista en Ucrania, decepcionado como estaba Biden ante el deplorable panorama de un país gangrenado por la corrupción y atenazado por la funesta influencia de los llamados oligarcas (ver: Wilson, 2021). Más aún, si buscamos signos más claros, no podemos perder de vista que ni Georgia ni Ucrania, países en discordia allá por el año 2008, fueron invitados a la cumbre de la OTAN del 14 de junio en Bélgica (Wilson, 2021). Si nos atenemos a los presupuestos de la disuasión, algo lejos de un apoyo sin reservas podría haber alentado a Rusia a proseguir el camino de la amenaza, a lo cual asistiríamos a partir del mismo otoño; se podría incluso especular con que la disposición de Washington a no romper valiosos puentes con Rusia con la renovación del Tratado New Start, reforzaría en Moscú una percepción de debilidad, o por lo menos, de escasa firmeza (Wilson, 2021). Cuando en octubre del 2021 los EEUU constataron el masivo despliegue de medios en la frontera con Ucrania, al tiempo que sus servicios secretos estaban ya al tanto de los planes de invasión que pocos meses más tarde se materializarían, los analistas de la inteligencia americana asumían que Putin calculaba que la respuesta occidental sería en último término limitada, a tenor de pasadas reacciones en el 2008 y el 2014 (Harris et al., 2022 y Sisson, 2022). La opinión de Nadia Shadlow (Instituto Hoover) en marzo del 2022, ya

⁶ Para los detalles de acuerdo final de Minsk II, ver: Allan, 2020.

iniciada la invasión, era implacable en su crítica y en su claro alineamiento con los presupuestos de la disuasión: Biden habría servido en bandeja a Putin la seguridad necesaria al manifestar abiertamente la no disposición de los EEUU de intervenir directamente en Ucrania, y ello al menos en tres ocasiones clave antes del 24 de febrero (Shadlow, 2022).⁷

Y ahora pasando a un análisis alternativo, según los presupuestos de la Teoría de las Perspectivas, vemos cómo, al contrario que en la Teoría de la Disuasión, nos encontramos con una interpretación diametralmente opuesta, y que es necesario considerar con el fin de enriquecer la perspectiva sobre este conflicto. Desde este prisma, podríamos perfectamente ordenar una sucesión de hechos clave como indicio de que más que un actor revisionista en busca de ganancias y por ende, susceptible de ser disuadido, Rusia ha acabado respondiendo a lo que percibía como un intolerable deterioro del statu quo, con una mayor asunción de riesgos.

La Teoría de las Perspectivas, cuyos presupuestos teóricos vimos analizados someramente en la sección anterior, ha sido aplicada, si bien de forma muy limitada, al caso que aquí nos interesa. En ese sentido, Brian Lampert (2016) utilizaba esta teoría para analizar las acciones de Rusia tanto en el 2008 (Georgia) como en el 2014 (Ucrania). Nuestro autor realiza una interpretación radicalmente diferente a lo que hemos visto más arriba, pues percibe a Rusia en un marco de pérdidas, es decir, frente a un statu quo en deterioro, y ello por tres razones: 1) la amenaza por parte de Georgia a la independencia de facto de las regiones separatistas de Abjasia y Osetia del Sur, apoyadas por Moscú desde su rebelión a principios de la década de los 90; 2) la defensa de la población de estas repúblicas, que la Federación consideraba como propia, toda vez que Moscú había repartido de forma masiva pasaportes en estos dos territorios; 3) la Cumbre en Bucarest de la OTAN de abril del 2008 en la que se dejó abierta la puerta a una futura membresía de Georgia y de Ucrania. Si nos atenemos a esta interpretación, el error en este caso habría residido en no haber acomodado los intereses de Moscú, y lo conveniente para evitar un estallido habría sido que el presidente Mijeíl Saakashvili no hubiese perseguido una política tan beligerante y que los EEUU, principales adalides de la expansión de la OTAN, no hubiesen presionado en la dirección de incluir a Georgia y Ucrania, toda vez que la Federación Rusa percibía el espacio post-soviético como su área de influencia.

El análisis de Ucrania en el 2014, siguiendo este prisma teórico, igualmente arroja una interpretación diametralmente opuesta a todo lo que hayamos podido

⁷ Sin embargo, podemos ya encontrar análisis lo suficientemente matizados que destacan que, si bien la disuasión habría fallado a la hora de evitar la invasión rusa, sí estaría funcionando, tras la batería de sanciones y el apoyo militar masivo a Ucrania, para evitar una mayor escalada con el uso de armamento nuclear o la extensión de la guerra más allá del territorio ucraniano (Jensen, 2022; Gottemoeller, 2023; Meisel 2023).

ver desde la Teoría de la Disuasión. Brian Lambert destaca en este caso la importancia estratégica de la Península de Crimea, donde está situada la base naval rusa de Sebastopol, así como el apego emocional a ella, tal y como los propios discursos de Putin dejan entrever. De nuevo, en el contexto de la anexión de Crimea, primer acto de una guerra contra Ucrania que no ha ido más que escalando hasta el momento de escribir estas líneas, el presidente de la Federación Rusa volvía a manifestar sus críticas a las (por lo menos así percibidas) veleidades expansionistas de la OTAN. Y es que el contexto en el que tenía lugar la intervención rusa era el del Euromaidán, revuelta popular en la mitad centro-occidental del país y con su epicentro en Kiev, que llevó al derrocamiento del hasta entonces presidente de Ucrania, Viktor Yanukovich, razonablemente cercano a Moscú, y a su sustitución por unas nuevas autoridades pro-occidentales. Cabe destacar que la entrada de Ucrania en la OTAN no estaba sobre la mesa, pues el detonante del Euromaidán fue más bien la decisión de Yanukovich de no firmar un Acuerdo de Asociación con la UE en el marco de la llamada Asociación Oriental, abriendo con ello la puerta a una posible adhesión al proyecto rival, la Unión Eurasiática, propugnada por Moscú. En ese sentido, toda vez que el proyecto de integración liderado por Moscú revestía una importancia estratégica por razones económicas y posiblemente de identidad, la derrota del Euromaidán pudo motivar una percepción de deterioro del statu quo por la amenaza a la Unión Eurasiática, a lo que se le uniría el miedo a que el giro pro-occidental reviviese la agenda de la OTAN y que peligrase la base militar de Sebastopol (Lampert, 2016). Si bien no resultaría posible determinar cuál de estos hechos habría motivado tal percepción de deterioro, o la importancia a acordar a cada uno de ellos, de aceptar una interpretación según los presupuestos de la Teoría de las Perspectivas, el error residiría, de nuevo, en haber modificado el statu quo en detrimento de la Federación Rusa. Esta habría intervenido como se presume en cualquier actor que se percibe en un marco de pérdidas, a saber, asumiendo riesgos para revertir tal deterioro.

Posteriormente, Ion Marandici (2022) presentó la que probablemente sea la contribución más elaborada en lo que a la aplicación de esta teoría se refiere. En su artículo, el autor aplicaba la Teoría de las Perspectivas únicamente al episodio de la anexión de Crimea, identificando tres puntos clave de inflexión en la crisis del Euromaidán. El primero es, obviamente, la decisión de Yanukovich que da inicio a la crisis misma. El segundo es el que nos es de mayor interés aquí, pues es el que habría motivado a Rusia a actuar: la derrota del presidente ucraniano por el Euromaidán y su huida de Ucrania. Este desenlace de la crisis habría llevado al siguiente y último punto de inflexión identificado por el autor mismo: la propia anexión de Crimea (Marandici, 2022: 117-118). Según la interpretación que se realiza, si bien se puede suponer que Rusia aceptó el

nuevo status quo alumbrado por el acuerdo del 21 de febrero del 2014⁸, no pudo asumir el deterioro derivado de la derrota de Yanukovich, toda vez que las fuerzas del Euromaidán rechazaron tal acuerdo. De resultados de ello, Rusia, percibiendo el nuevo statu quo como claramente en el ámbito de pérdidas, habría asumido el riesgo de una maniobra tan audaz como la de la anexión de Crimea. Tras ello, aun envalentonada como para promover la insurgencia en el este del país, Rusia habría creado un nuevo statu quo favorable, lo cual explicaría sus objetivos más limitados en el nuevo frente del Donbás (Marandici, 2022: 127-128), plasmados, en último término, en los acuerdos de Minsk; y es que no hay que olvidar que se llegó a estos tras la asistencia in extremis de Rusia a los insurgentes del Donbás.

Tras la interpretación que Lambert y Marandici realizaban hasta el 2014, nos quedaría ahora entender qué podría haber llevado a Vladimir Putin a percibir de nuevo unas pérdidas tan intolerables en el periodo que va desde 2015 al 2021, hasta el punto de tomar la resolución de invadir Ucrania. Dado lo reciente de esta guerra, por lo menos en términos académicos, no abunda aún la literatura sobre las razones de su estallido. En términos generales, se podría decir que se suele incidir, bien en las razones más inmediatas, relacionadas con la insatisfacción del statu quo inaugurado por los Acuerdos de Minsk, bien en razones más profundas relacionadas esta vez con insalvables incompatibilidades con Occidente, siendo, obviamente, muy difícil desligar una causa de la otra. Sobre la primera razón, Paul D'Anieri (2019) ha destacado el fracaso de los Acuerdos de Minsk (ver: Malyarenko y Wolff, 2018) como resultado de las incertidumbres inherentes al acuerdo que impedían que tanto Ucrania como Rusia se comprometiesen con su cumplimiento, mientras que Kristian Atland (2020) pone el acento sobre todo en determinadas decisiones políticas tanto por parte de Ucrania como de Rusia que iban en contra de las disposiciones de un acuerdo que ya partía de una difícil aplicación por los ambiguos términos, que si bien posibilitaron la firma en su momento, lastraban cualquier progreso⁹. En esta línea, Volodymyr Ishchenko (2023) destaca cómo la presión violenta por parte de actores de derecha radical, marginales en términos electorales, ha logrado doblegar a las sucesivas administraciones ucranianas, imposibilitando así avances en la aplicación de disposiciones clave de los Acuerdos.¹⁰ Sobre

⁸ El acuerdo en cuestión preveía, principalmente, la restauración de la Constitución del 2004, la formación de un gobierno de coalición en el plazo de diez días, una reforma constitucional acordada para septiembre del 2014 como muy tarde, tras lo cual, y no más tarde del mes de diciembre, se celebrarían nuevas elecciones presidenciales. Este acuerdo fue acompañado por las firmas de los representantes de Polonia, Alemania y Francia, amén de representantes nacionales, con el testigo ruso, Vladimir Lukin, decidiendo no añadir la suya (Ukrainska Pravda, 2014).

⁹ Ver Atland (2020: 135-136) para más detalles.

¹⁰ Sobre el fracaso de la Plataforma para la Reconciliación y la Unidad, ver al autor en: Ishchenko, 2023: 132, y sobre el fracaso del consejo consultivo en el seno del Grupo Trilateral de Contacto bajo la égida de la OSCE, ver: Chernenko, Soloviov, 2021).

la segunda, Elias Götz y Jorgen Staun (2022) han destacado la agresión a Ucrania como sustentada en la cultura estratégica de Rusia, caracterizada por el sentimiento de vulnerabilidad a Occidente y al apego a su identidad como gran potencia. Ryuta Ito (2023) ha puesto esta guerra como ejemplo de “equilibrio por arrogancia” (*hubris balancing*), donde Putin habría sufrido de un claro autoengaño, así ignorando las dificultades objetivas para llevar a buen puerto un más que arriesgado proyecto de expansión territorial. Tanto Götz y Staun como Ito parecen retratar a una Rusia que reacciona a una posición de debilidad, ya sea por el sentimiento de vulnerabilidad ante Occidente (Götz y Staun, 2022) o por la percepción de un “choque de civilizaciones”, donde Occidente pone en peligro el modelo civilizacional ruso (Ito, 2023); es una lectura paradójicamente cercana a la de Person y McFaul (2022), quienes destacan el miedo de la Rusia de Putin a la difusión democrática a partir de Ucrania.

A pesar de que han pasado poco más de dos años, ya encontramos contribuciones que utilizan los presupuestos de la Teoría de las Perspectivas para intentar explicar el estallido de la guerra. Jonas J. Dridger y Mikhail Polianskii (2023) sostenían que el fallo generalizado de las predicciones académicas que descartaban la posibilidad de una agresión rusa se dio por subestimar la propensión al riesgo de las autoridades rusas y por su capacidad para desestimar información desfavorable, así exagerando las probabilidades de éxito, esto último, en una línea similar a lo postulado por Ito (2023). De hecho, en otra contribución, el mismo Dridger (2023) hacía una lectura de Rusia como una potencia que desde la primera intervención contra Georgia en 2008 ha ido asumiendo cada vez más riesgos; según su interpretación, Vladimir Putin habría escalado la guerra en febrero del 2022 asumiendo claramente los riesgos de sufrir la respuesta de la sociedad internacional (vía sanciones) y de perder apoyo interno, así como el riesgo de choques con otros actores más allá de Ucrania. Sin embargo, a día de hoy, resulta difícil determinar qué provocó una percepción de deterioro en el statu quo que llevase a Rusia a tomar la funesta decisión de febrero del 2022. En este sentido resulta recomendable finalizar con la exposición de los hechos de Rob Lee, a escasas semanas antes de los funestos acontecimientos, pues nos ofrece las mejores hipótesis de las que disponemos hasta el momento para imaginar cómo podría haber operado la percepción de deterioro del statu quo.

En su análisis publicado el 18 de enero del 2022, Rob Lee (2022) partía de la premisa de que Rusia se enfrentaba a un statu quo intolerablemente insatisfactorio y que para ello tendría que pasar a una estrategia de coerción frente a Ucrania para evitar la creciente cooperación entre esta y la OTAN. Visto el grado de deterioro que el analista detectaba en la percepción rusa, este asumía que de no ceder tanto Ucrania como la OTAN en las demandas rusas,

Moscú bien podría osar una intervención militar directa, tal y como, de hecho, acabó ocurriendo. Más allá de su prescencia, el análisis reviste un particular interés por el hecho de que el autor identifica la siguiente serie de posibles puntos de inflexión que podrían haber motivado a Rusia a asumir mayores riesgos con el fin de evitar el deterioro del statu quo: el cierre de los canales de televisión vinculados a Viktor Medvechuk, uno de los principales líderes de la oposición en Ucrania y muy cercano a Putin, amén de su posterior arresto, habría convencido a las autoridades rusas de que las esperanzas abiertas por la elección de Volodímir Zelensky en el 2019 de alcanzar un acuerdo político se desvanecían irremediabilmente. Lee observaba la posibilidad, igualmente, de la influencia de la reciente victoria de Azerbaiyán sobre Armenia en otoño del 2020: el éxito arrollador de los drones turcos Bayraktar TB2 de que se dotaron las fuerzas armadas azerbaiyanas hacía temer el efecto que tuviesen en manos de Ucrania, quien ya estaba adquiriendo varias de estas armas. Todo esto ocurría en un contexto de cooperación entre Ucrania y los EEUU y OTAN, el marco precisamente que definía al statu quo como insatisfactorio para Rusia. Ante la constatación de que Rusia no estaba logrando sus objetivos, pues los lazos de Occidente con Ucrania se seguía estrechando, Moscú podría haber decidido realizar un despliegue militar mayor que el que ya había puesto en marcha en la primavera del 2021, unido a una serie de demandas a los EEUU sobre el despliegue de la OTAN, que obviamente, fueron rechazadas. La vía militar, así, quedaría como la única alternativa para Vladimir Putin.

Conclusiones

En este artículo hemos intentado realizar un recorrido a partir de la guerra que comenzó en febrero del 2022 echando la vista hacia atrás con el fin de considerar, no sólo los antecedentes inmediatos conducentes a la guerra, sino además, los antecedentes más remotos del 2008 y del 2014. Para ello, hemos estructurado el recorrido a partir de los diversos autores que nos han acompañado tanto de la mano de la clásica Teoría de la Disuasión como de la menos conocida Teoría de las Perspectivas, precisamente por las nuevas perspectivas interpretativas que se nos abren con ella. Como podrá fácilmente observar cualquier estudioso de las relaciones internacionales, la Teoría de la Disuasión sobre la que se ha sustentado gran parte de la Teoría de las Relaciones Internacionales de la mano de la Escuela del Realismo sigue siendo el marco privilegiado para la interpretación de los conflictos internacionales. Es igualmente un marco privilegiado por muchos analistas y decisores políticos tanto para interpretar las acciones de Rusia como para responder a estas. Sin embargo, hemos podido observar, de la misma manera, que no son pocos los

estudiosos que arrumban la clásica imagen de Rusia como un actor expansivo motivado por una agenda imperialista para favorecer la imagen opuesta de un actor reactivo ante la expansión tanto de la OTAN como bloque de seguridad como de la UE como modelo antagónico de gobernanza, todo ello acompañado por las ansias democratizadoras en el “patio trasero” de Rusia, con la amenaza que ello pudiese suponer para la estabilidad del régimen de Vladímir Putin.

La ventaja de tener en cuenta la Teoría de las Perspectivas es que más que ofrecernos una lectura alternativa, nos proporciona un marco interpretativo más amplio. Las situaciones en las que ciertos actores desafían el statu quo desde una relativa satisfacción para acrecentar sus ganancias tienen cabida dentro de este marco interpretativo, incorporándose fácilmente la prescripción de la Teoría de la Disuasión de una disuasión creíble como el mejor recurso a aplicar. Si Rusia es un actor imperialista con intenciones de acrecentar su poder, es de suponer que no asumiría más riesgos que los necesarios ante una disuasión creíble. Sin embargo, como hemos visto, y como ya varios autores han contemplado, la Teoría de las Perspectivas, ya utilizada en otros casos para explicar fallos en la disuasión inexplicables, integra de forma convincente a un segundo actor que reacciona de forma arriesgada, no para mejorar su statu quo, sino para evitar un deterioro que ha acabado resultando intolerable. Es aquí donde tendría cabida la segunda interpretación de las agresiones de la Federación Rusa en su vecindario como reacción a las modificaciones del statu quo. La Teoría de las Perspectivas asume una visión dinámica de los actores bajo estudio, de tal manera que según la evaluación del statu quo, se transite desde un estadio de aversión al riesgo hacia otro de mayor aceptación de este. Así, podríamos entender cómo la real o al menos potencial expansión de la OTAN, de la UE o de la democracia pueda haber motivado que Rusia se atreviese a desafíos previamente inconcebibles.

La ambición de este ensayo, como habrá entendido el lector, no es la de dilucidar si Rusia responde a una de las dos imágenes en liza en un debate que no estamos en posición de cerrar. Al contrario, hemos intentado enriquecer el debate animando a dejar las respuestas abiertas, pues la prevalencia de la Teoría de la Disuasión desequilibra en favor de una lectura que ciertamente puede devenir en parcial al asumir una única interpretación de la naturaleza de la política exterior rusa. Una perspectiva más abierta nos permite dar cabida a lecturas alternativas a lo que tiende a ser la lectura por defecto, basada, tal y como ya hemos indicado, en la Teoría de la Disuasión, y con ello, ofrecer el potencial de afinar el diagnóstico de una serie de crisis cada vez más devastadoras, que si bien tienen claramente su origen en diversas modalidades de agresión por parte de la Federación Rusa, no se prestan necesariamente a una clara interpretación de los motivos de tales agresiones. Más allá del prurito profesional del investigador en su afán por esclarecer los mecanismos subyacentes a los fenómenos internacionales, la utilidad de una perspectiva

abierta es manifiesta toda vez que podamos imaginar una política exterior que responda acertadamente a un actor, tal como Rusia, dependiendo de si su motivación es proactiva o reactiva. Errar en la respuesta, confundiendo la naturaleza de las (re)acciones rusas puede tener, huelga decirlo, consecuencias catastróficas. Desde los partidarios de la Teoría de la Disuasión, la lección de la brutal invasión que se inició en febrero del 2022 es que la política occidental fracasó por su excesivo acomodo a los intereses rusos. Pero hemos visto que esta visión no es necesariamente compartida por toda la comunidad investigadora. Se trata de un punto de cardinal importancia, pues mayores errores en un sentido u otro podrían traer consecuencias aún más devastadoras.

Bibliografía

- Duncan Allan, “The Minsk Conundrum: Western Policy and Russia’s War in Eastern Ukraine”, *Chatham House* (22 de mayo 2020), en <https://www.chathamhouse.org/2020/05/minsk-conundrum-western-policy-and-russias-war-eastern-ukraine-0/minsk-2-agreement>.
- Anne Applebaum, “Why the West’s Diplomacy With Russia Keeps Failing”, *The Atlantic* (13 de febrero 2022), en https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2022/02/lavrov-russia-diplomacy-ukraine/622075/?utm_source=feed
- Kristian Atland, “Destined for deadlock? Russia, Ukraine, and the unfulfilled Minsk agreements”, *Post-Soviet Affairs*, vol. 35, no. 2 (2020), pp. 122-139.
- Margarita Balmaceda, “Is the US headed for another war? We asked an expert in diplomacy, Putinism and Ukraine”, *NJ.com* (26 de enero 2022), en <https://www.nj.com/opinion/2022/01/is-the-us-headed-for-another-war-we-asked-an-expert-in-diplomacy-putinism-and-ukraine.html>
- Jeffrey D. Berejikian, “A cognitive theory of deterrence”, *Journal of Peace Research*, vol. 39, no. 2 (2002), pp. 165-183.
- Jeffrey D. Berejikian y Bryan R. Early, “Loss Aversion and Foreign Policy Resolve”, *Political Psychology*, vol. 34, No. 5 (2013), pp. 649-671.
- Janusz Bugajski, *Cold peace: Russia’s new imperialism*, Westport, Conn.: Praeger; Washington, DC.: Published in cooperation with the Center for Strategic and International Studies, 2004.
- Janusz Bugajski, *Dismantling the West: Russia’s Atlantic agenda*, Washington, D.C.: Potomac Books, 2009.
- Elena Chernenko y Vladimir Soloviov, “Остросюжетная внешняя политика: Как Россия перешла в дипломатическое наступление и чем оно может закончиться”, *Kommersant* (30 de diciembre 2021), en <https://www.kommersant.ru/doc/5154624>.
- Christopher S. Chivvis, “How Does This End?”, *Carnegie* (3 de marzo 2022), en <https://carnegieendowment.org/2022/03/03/how-does-this-end-pub-86570>
- Liam Collins y Frank Sobchak, “U.S. Deterrence Failed in Ukraine”, *Foreign Policy* (20 de febrero 2023), en <https://foreignpolicy.com/2023/02/20/ukraine-deterrence-failed-putin-invasion/>
- Departamento de Estado de los EEUU, “New START Treaty”, en <https://www.state.gov/new-start/#:~:text=Treaty%20Duration%3A%20The%20treaty’s%20original,force%20through%20February%204%2C%202026>
- Ruth Deyermond, “The Uses of Sovereignty in Twenty-first Century Russian Foreign Policy”, *Europe-Asia Studies* vol. 68, no. 6 (2016), pp. 957-84.

- Rilka Dragneva y Kataryna Wolczuk, “The Eurasian Economic Union: Deals, Rules and the Exercise of Power”, The Royal Institute of International Affairs, Chatham House, London (2017), en <https://www.chathamhouse.org/publication/eurasian-economic-union-deals-rules-and-exercise-power>.
- Daniel W. Drezner, “Why did deterrence fail in Ukraine?”, *Washington Post* (27 de marzo 2022), en <https://www.washingtonpost.com/outlook/2022/03/27/why-did-deterrence-fail-ukraine/>.
- Jonas J. Driedger & Mikhail Polianskii, “Utility-based predictions of military escalation: Why experts forecasted Russia would not invade Ukraine”, *Contemporary Security Policy*, vol. 44, no. 4 (2023), pp. 544-560.
- Eero Epner, Holger Roonemaa y Michael Weiss, “Exclusive: Estonia’s Outgoing Military Spymaster on Russia’s War”, *The Insider* (15 de septiembre 2023), en <https://theins.press/en/politics/265092>.
- Elias Götz, “Taking the longer view: A neoclassical realist account of Russia’s neighbourhood policy”, *Europe-Asia Studies*, vol. 74, no. 9 (2022), pp. 1729-1763.
- Rose Gottemoeller, “Russian attacks would be far worse without NATO’s “proximity” deterrence, argues Rose Gottemoeller”, *The Economist* (16 de Agosto 2022), en <https://www.economist.com/by-invitation/2023/08/16/russian-attacks-would-be-far-worse-without-natos-proximity-deterrence-argues-rose-gottemoeller>
- Shane Harris, Karen DeYoung, Isabelle Khurshudyan, Ashley Parker & Liz Sly, “Road to war: U.S. struggled to convince allies, and Zelensky, of risk of invasion”, *The Washington Post* (16 de Agosto 2022), en <https://www.washingtonpost.com/national-security/interactive/2022/ukraine-road-to-war/>
- Fiona Hill, “Putin Has the U.S. Right Where He Wants It”, *New York Times* (24 de enero 2022), en <https://www.nytimes.com/2022/01/24/opinion/russia-ukraine-putin-biden.html>.
- Paul K. Huth, “Deterrence and international conflict: empirical findings and theoretical debates”, *Annual Review of Political Science*, vol. 2, no. 1 (1999), pp. 25-48.
- Volodymyr Ishchenko, “The Minsk Accords and the Political Weakness of the “Other Ukraine””, *Russian Politics* no. 8 (2023), pp. 127-146.
- Lara Jakes, Edward Wong y Michael Crowley, “America’s Road to the Ukraine War”, *New York Times* (24 de abril 2022), en <https://www.nytimes.com/2022/04/24/us/politics/russia-ukraine-diplomacy.html>.

- Benjamin Jensen, “The Two Sides of Deterrence in Ukraine”, Center for Strategic and International Studies (CSIS) (20 de marzo 2022), en <https://www.csis.org/analysis/two-sides-deterrence-ukraine>.
- Robert Jervis, *Perception and Misperception in International Politics*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press (1976).
- Robert Jervis, “Cooperation under the security dilemma”, *World Politics*, vol. 30, no. 2 (1978), pp. 167-214.
- Brian Lampert, “Putin’s Prospects: Vladimir Putin’s Decision-Making Through the Lens of Prospect Theory”, *Small Wars Journal* (15 de febrero 2016), en <https://smallwarsjournal.com/jrnl/art/putin%E2%80%99s-prospects-vladimir-putin%E2%80%99s-decision-making-through-the-lens-of-prospect-theory>.
- Richard N. Lebow and Janice G. Stein, “Beyond Deterrence”, *Journal of Social Sciences*, vol. 43, no. 4 (1987), pp. 5.71.
- Richard N. Lebow and Janice G. Stein, “Rational Deterrence Theory: I Think, Therefore I Deter”, *World Politics*, vol. 41, no. 2 (Enero 1989), pp. 208-224.
- Rob Lee, “Moscow’s Compellence Strategy”, *Foreign Policy Research Institute (FPRI)* (18 de enero 2022), en <https://www.fpri.org/article/2022/01/moscows-compellence-strategy/>
- Jack Levy, “An Introduction to Prospect Theory”, *Political Psychology*, vol. 13, no. 2 (1992), pp. 171-186.
- Jack Levy, “Prospect Theory and International Relations: Theoretical Applications and Analytical Problems”, *Political Psychology*, vol. 13, no. 2 (1992), pp. 283-310.
- Alexander Libman, “Russian Federalism and Post-Soviet Integration: Divergence of Development Paths”, *Europe-Asia Studies*, vol. 63, no. 8 (2011), pp. 1323-55.
- Anatol Lieven, “Ukraine: The Most Dangerous Problem in the World”, *The Nation* (15 de noviembre 2021), en <https://www.thenation.com/article/world/ukraine-donbas-russia-conflict/>
- Tatyana Malyarenko y Stefan Wolff, “The logic of competitive influence-seeking: Russia, Ukraine, and the conflict in Donbas”, *Post-Soviet Affairs*, vol. 34, no. 4 (2018), pp. 191-212.
- Collin Meisel, “Failures in the “Deterrence Failure” Dialogue”, *War on the Rocks* (8 de mayo 2023), en <https://warontherocks.com/2023/05/failures-in-the-deterrence-failure-dialogue/>
- Daniel Michaels, “The Secret of Ukraine’s Military Success: Years of NATO Training”, *Wall Street Journal* (13 de abril 2022), a través de la Librería de la Universidad de Deusto (CRAI).

- Dumitru Minzarari, “Failing to Deter Russia’s War against Ukraine: The Role of Misperceptions”, *Stiftung Wissenschaft und Politik – Deutsches Institut für Internationale Politik und Sicherheit (SWP)*, SWP Comment 2022/C 33 (24 de febrero de 2022), en <https://www.swp-berlin.org/10.18449/2022C33/>
- Jack Matlock, “I was there: NATO and the origins of the Ukraine crisis”, *Responsible Statecraft* (15 de febrero de 2022), en <https://responsiblestatecraft.org/2022/02/15/the-origins-of-the-ukraine-crisis-and-how-conflict-can-be-avoided/>
- Jack Matlock, “Ex-U.S. Ambassador to USSR: Ukraine Crisis Stems Directly from Post-Cold War Push to Expand NATO”, *Democracy Now* (17 de febrero de 2022), en https://www.democracynow.org/2022/2/17/jack_matlock_ukraine_russia_nato_us?utm_source=Democracy+Now%21&utm_campaign=2ed3eaec62-Daily_Digest_COPY_01&utm_medium=email&utm_term=0_fa2346a853-2ed3eaec62-192594398
- Ion Marandici, “Loss Aversion, Neoimperial Frames and Territorial Expansion: Using Prospect Theory to Examine the Annexation of Crimea”, *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society*, vol. 8, no. 1 (2022), pp. 111-147.
- Maria Mälksoo, “The Postcolonial Moment in Russia’s War Against Ukraine”, *Journal of Genocide Research*, vol. 25, no. 3-4 (2022), pp. 471-481.
- Mira Milosevich-Juaristi, “El balance actual de la guerra en Ucrania y las perspectivas de un acuerdo de paz”, *Real Instituto Elcano* (2022), en <https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/el-balance-actual-de-la-guerra-en-ucrania-y-las-perspectivas-de-un-acuerdo-de-paz/>
- John J. Mearsheimer, *The tragedy of great power politics*, New York: W.W. Norton & Company, 2014.
- The Munk Debates, “Munk Debate Podcast on Russia-Ukraine War”, en <https://www.youtube.com/watch?v=ivcSVG5eCeQ>
- NATO, “Relations with Ukraine” (2024), en https://www.nato.int/cps/en/natohq/topics_37750.htm.
- Bertil Nygren, *The rebuilding of Greater Russia: Putin’s foreign policy towards the CIS countries*, London; New York: Routledge, 2008.
- Kseniya Oksamytna, “Imperialism, supremacy, and the Russian invasion of Ukraine”, *Contemporary Security Policy*, vol. 44, no. 4 (2023), pp. 497-512.
- Ukrainska Pravda (2014): “Текст Соглашения об урегулировании кризиса в Украине” (21 de febrero 2014), en: <https://www.pravda.com.ua/rus/articles/2014/02/21/7015533/>

- Randall L. Schweller, “Bandwagoning for Profit: Bringing the Revisionist State Back In”, *International Security*, vol. 19, no. 1 (Summer, 1994), pp. 72-107.
- Nadia Shadlow, “Why Deterrence Failed Against Russia; The U.S. has a formidable military. When Biden said he wouldn’t use it, Putin saw it as a green light”, *Walt Street Journal* (20 de marzo del 2022).
- Andrey Shushentsov, “Can Russia Deliver on Its Threats?”, *Valdai Club* (4 de febrero 2022), en <https://valdaiclub.com/a/highlights/can-russia-fulfil-its-threats/>
- Melanie W. Sisson, “America’s real deterrence problem”, *Brookings* (15 de junio 2022), en <https://www.brookings.edu/articles/americas-real-deterrence-problem/>.
- Evgeny Troitskiy, “The Eurasian Economic Union at Five: Great Expectations and Hard Times. The Russia File”, Kennan Institute (14 de enero, 2020).
- Amos Tversky y Daniel Kahneman, “Prospect Theory: an analysis of decision under risk”, *Econometrica*, vol. 47, no. 2 (1979), pp. 263-292.
- Stephen M. Walt, *The origins of alliances*, Cornell University Press, Ithaca (New York), 1990
- Kenneth Waltz, “NATO expansion: A realist’s view”, *Contemporary Security Policy*, vol. 21, no. 2 (2000), pp. 23-38.
- Kenneth Waltz, *Theory of international politics*, Long Grove, Illinois: Waveland, 2010.
- Andrew Wilson, “Faltering fightback: Zelensky’s piecemeal campaign against Ukraine’s oligarchs”, European Council on Foreign Relations (ECFR) (6 de julio 2021), en <https://ecfr.eu/publication/faltering-fightback-zelenskys-piecemeal-campaign-against-ukraines-oligarchs/>
- Sergey Zhukov y Olga Reznikova, Economic Integration in the Post-Soviet Space, *Russian Social Science Review*, vol. 49, no. 4 (2008), pp 80-92.
- Frank C. Zagare y Mark Kilgour D., “Asymmetric deterrence”, *International Studies Quarterly*, vol. 37, no. 1 (Mar., 1993), pp. 1-27.
- Frank C. Zagare y Mark Kilgour D., *Perfect Deterrence*, Cambridge, UK ; New York, NY: Cambridge University Press (2000).